



JOSE BODALO:

UN ACTOR EN EL TEATRO DE VALLE-INCLAN

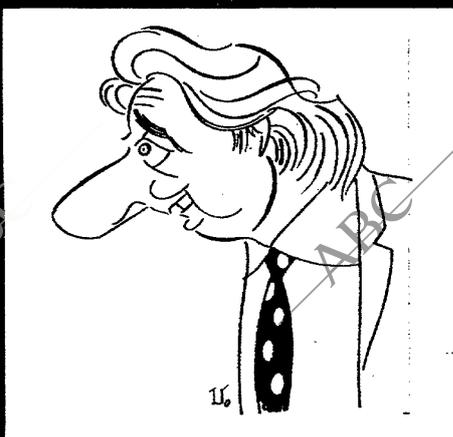
Por Julio TRENAS

«"DON JUAN MANUEL DE MONTENEGRO" ME HA PLANTEADO PROBLEMAS DE CONCIENCIA; EN EL ASPECTO RELIGIOSO, SEXUAL Y SOCIAL»

«Tuve que situarme dentro del personaje con toda fuerza y verismo, aunque mi "yo" personal sienta de manera distinta»

«A VECES LA TERMINOLOGIA DE VALLE PROPICIA LA MAGIA»

«En el protagonista de "Romance de lobos" encontré un verbo personalísimo y original. Esa mezcla fabulosa castellano-galaica de Valle»



LA máscara ha sido siempre símbolo del teatro. Obliga al desdoblamiento de la personalidad. Es un «aparecer» distinto al «ser». La escena primitiva trata de deslindar los campos: el personaje, a cuyo rostro se superpone la estereotipada mueca del dolor o la alegría, en su vida privada es un hombre común, ajeno a la fábula. ¿Hasta qué punto esa estética resulta válida para el intérprete de hoy? Digamos que ya quedó lejana. El actor arrojó lejos de sí el falso rostro de cartón. Vive con su propia faz los estados de ánimo. Se inserta, incluso con físicas consecuencias, en el texto representable. Del desdoblamiento hemos pasado a la fusión. ¿No se dio el caso de que un actor viva después, y sin quererlo, el tracto humano de alguna de sus interpretaciones? Poco frecuente el hecho, pero hay ejemplos aducibles. Lo que sí se produce—y necesariamente—es la incorporación del intérprete, durante varias horas del día, al mundo respirable que el personaje lleva consigo.

Junto al ventanal de este café, inscripto entre la Puerta de Alcalá y la rodante diosa Cibele, me planteo la interrogación: ¿Qué ha dejado en José Bódalo ese personaje llamado «Don Juan Manuel de Montenegro»? ¿Hasta qué punto salió ileso del círculo fiero, bárbaro, aullante del «Romance de lobos» valleinclinésco?

Lo tengo frente a mí, traje «gales», palabra fluente y segura. Jersey oscuro hasta la garganta; la faz de facciones resueltas y el pelo gris, escapándose por los aladares. Tiene lo que los artistas románticos llamaban «una cabeza». Y hasta cierto aire goyesco. También a él pudo retratarlo don Vicente López.

Ciño mi conversación con el actor al tema de su última, actual gran creación escénica. Lo busco en ese mundo proclive al costumbrismo y la magia propiciado por el teatro de don Ramón María del Valle-Inclán.

—El de «Don Juan Manuel de Montenegro», ¿qué número hace entre los personajes teatrales importantes incorporados por usted?—le he preguntado.

—Yo habré interpretado alrededor de ciento setenta comedias—me responde—; he



"Romance de lobos"

hecho teatro de todo tipo, a lo largo de treinta años de profesión. Comencé en un tiempo en que las compañías llevaban un repertorio de hasta veinte obras montadas. ¡Fíjense la cantidad de personajes que habré interpretado! Ahora bien, de esta envergadura habrán sido catorce o quince.

—De Valle-Inclán, ¿caso el primero?

—Pues sí. Es curioso. Ha habido ocasiones, tres o cuatro, en que estuve a punto de hacer obras suyas. Y no cuajó. Para ser el primero, yo creo que ha sido bien cumplido.

—¿Qué encontró en este personaje, que lo desglose o separe de otros interpretados por usted?

—En primer lugar un verbo personalísimo, original. Esa mezcla fabulosa galaico castellana de Valle. Una hondura y una posibilidad de vibrar en cada una de las frases y de las escenas, extraordinarias. Un contorno, porque este personaje tiene un contorno de tragedia clamoroso y brillantísimo, que acompaña al actor y lo estimula para una superación constante.

—¿Siguió un proceso especial para su estudio?

—Yo tengo un proceso para «poner» un personaje, que es siempre el mismo. Lo primero es la lectura detenida, recreada, de la obra. Hecho esto procedo a aprenderme la letra a fondo. A ser posible llevo a dominarla con absoluta seguridad, ajenándome incluso a la preocupación descifradora del texto que viene después, en una etapa más laboriosa, la reflexiva. Entonces me toca

analizar la psicología del personaje, sus reacciones, no sólo por lo que dice, sino por lo que le rodea, por las circunstancias que le obligan a actuar, lo cual lleva a un verdadero análisis del ente. Hecho todo esto comienza la etapa del desarrollo práctico: los ensayos. Aquí habrá de coordinarse lo que se ha estudiado del texto con lo que se ha pensado del ente. Y se comenzará a «vivir» esta amplia experiencia analítica completándola en definitiva con gestos, actitudes...; en una palabra, poniéndolo en situación.

Hay toda una técnica de interpretación dramática en las palabras de Bódalo. Casi una proposición geométrica. ¿Se mantendrá el actor siempre dentro de sus fronteras cartesianas? También aquí puede presentarse el albur o la impropria de la genialidad.

—Con esto—abunda en su respuesta—abocamos al estreno. Y en él, a veces, se produce lo espontáneo. La improvisación. Y lo olvidamos todo para hacer sólo lo que el personaje, ya metido dentro de uno, nos impele a hacer.

—El personaje de la comedia de Valle, ¿le planteó inicialmente algún problema distinto?

—Ya lo creo; pero también me los planteó, distintos, lo nesco por su estilo o Unamuno por su desarrollo más mental.

—Sin embargo, el «Don Juan Manuel de Montenegro», ¿ha suscitado alguna llamada especial, no ya a la técnica del actor, sino al hombre?

—Pues sí. En algún determinado momento ha llegado a

planearme incluso un problema de conciencia. En el sentido religioso, en el aspecto sexual, en el aspecto social, me encontré con el problema de situarme dentro del personaje, con toda fuerza y verismo, aunque mi «yo» personal piense y sienta de manera distinta. Es decir, tuve que desdoblarme para entrar en el problema del autor, para sentir de la misma manera que Valle hace sentir al protagonista de «Romance de lobos».

José Bódalo pudo ser médico. Llegó hasta el cuarto curso de la carrera cuando sintió, poderosa, la llamada del teatro. Parece que la histología fue culpable del cambio de ruta profesional. Los saberes dejan huella, benéficas deformaciones. Pienso si el ojo clínico del médico posible actúa cuando el actor desbroza la humanidad de un personaje. Exteriorizo la sugestión:

—Al médico que usted hubiera podido ser, ¿le ha planteado curiosidades la figura de «Don Juan Manuel de Montenegro»?

—Más que curiosidades, sorpresas. Y esto, siempre, en función de actor. En una palabra: me ha brindado panoramas teatrales distintos.

Bódalo hace una pausa y exclama:

—Hay que establecer una distinción fundamental entre el actor, simple lector de Valle, aficionado literario que toma un volumen suyo en las manos, por ejemplo, las «Sonatas», y ese mismo actor en cuyas manos se pone una comedia de Valle-Inclán. Para mí, ahí se ha terminado el lector. Mientras leo siento a Valle de

manera distinta. Ya no soy un lector estricto como otras veces. Cuando leía «Romance de lobos» no podía sustraerme a vivir lo que leía, a pensarlo como intérprete. Otras obras, muy importantes, me han mantenido en el plano del simple lector. Con el teatro de Valle no fue así. Y desde el primer momento se apoderó de mí como intérprete, no como aficionado a la lectura.

—Ese fenómeno de incorporación, ¿es puramente literario o entra en él, de algún modo, la magia?

—Es una mezcla. Está la atracción del literato importante, con su sonido, que es como el arranque de una sinfonía, conjuntado con el poderoso aguafuerte logrado por el escritor. Pero es indudable que luego existe una magia en Valle. Para mí ha sido, de repente, la lectura de una frase. En el segundo cuadro del segundo acto, cuando «La Roca» pregunta a «Sabelita», que está rezando, si resuelve o no su lucha por ver a «Don Juan Manuel», le dice: «¿No le acordó una resolución el Santísimo?» A mí la simple pregunta, por la terminología que expone Valle en ese momento, me suena a música. Ahí, sin duda, está la magia.

—¿Y dónde el folklore?

—En los coros. Sobre todo, en el coro de mendigos. El folklore siempre es la pintura, la exposición de lo racial y, en particular, de lo regional. Los tipos que pinta Valle en ese coro son reales, de un aguafuerte que ha existido. El los pinta con una calidad que nos deja ver el folklore: un folklore serio, importante, cierto, que

abunda en la grandeza de su producción.

—¿Queda un margen para la superstición?

—La época en que «Romance de lobos» se ambienta era propicia. La superstición tiene aquí su grado de intervención, producida por la misma condición de esos tipos. Hay invocaciones diabólicas, bíblicas, ese santiguarse veloz y asustadizo. Y también una superstición folklórica y cierta.

—Un actor, ¿vive tantos personajes? No cabe duda de que habrá de olvidarlos al transcurrir el tiempo: el de «Don Juan Manuel de Montenegro». ¿se separará de usted algún día?

—No. Como no se han separado cuatro o cinco personajes de los que interpreté a lo largo de mi carrera. Entiéndame: no se separarán en el recuerdo; en ese aplicar a las cosas de la vida una frase, una experiencia de ese personaje. El de «Montenegro» ha sido tan intenso que no se me podrá olvidar.

—¿Y cuáles fueron esas «cuatro o cinco» interpretaciones suyas inolvidables?

—Una muy reciente, el «Goya» de «El sueño de la razón», de Buero, de cuyo estreno hizo un año el 4 de febrero. O el personaje de «Soledad» de Unamuno. O los dos personajes—ambos llamados «Beren-guer»—de Ionesco, en «El rinoceronte» y «El Rey se muere». Y no se me pueden olvidar porque pienso yo que estos grandes personajes son como las composiciones sinfónicas de los grandes músicos: que tienen entre sí un hilo de comunicación, reacciones parecidas, problemas que en alguna ocasión ofrecen puntos de contacto. Y es que resulta lógico que los grandes cerebros manifiesten cosas parecidas cuando sus producciones son importantes. Aunque esos puntos de contacto o coincidencia se expresen con estilos y formas diferentes.

José Bódalo ha citado interpretaciones cumbres de su larga vida de actor. Yo recuerdo, sin embargo, una que le abrió el éxito en Madrid. Le propongo:

—Me habló de personajes suyos inolvidables. ¿Dónde queda el que interpretó en «La enemiga», de Nicomedi?

—Olvidé citarlo, pero está con los otros. El «Roberto» de «La enemiga», aun siendo un personaje de menor edad que los anteriores, al que no se le pueden presentar sus problemas de madurez mental y física, tiene también puntos de contacto humano con ellos. La diferencia tácita entre el personaje de Nicomedi y los anteriores que le he citado estriba en la diferencia de edad que va de un hombre de treinta años a uno de cuarenta y cinco o cincuenta. O de un siglo, como en el caso del protagonista de «El Rey se muere», que puede tener cien años. Más en el alma que en el cuerpo.

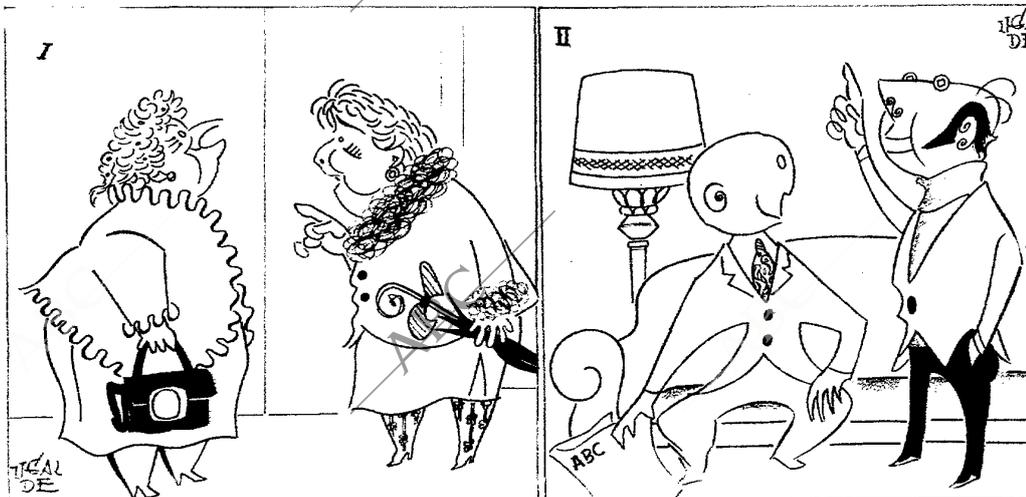
ACTUALIDAD TEATRAL



Carchenilla

LECTURA EN EL TEATRO COMICO

En el escenario del teatro Cómico, y ante la compañía Carlos Arniches, encabezada por Lili Murati, Adrián Ortega, Pedro Valentín, Carmen G. Maura y María Isbert, ha sido leída por su autor, Julio Mathías, la obra «Julietta tiene un desfilz», que será estrenada en dicho teatro cuando lo permita el creciente éxito de «La cigüeña dijo sí», actualmente en cartel.



I. —Doña Filomena, tenga usted mucho cuidado. «Un celoso anda suelto» por la calle de Cedaceros y lleva un puñal en la mano.

—¡Y a mí que me caen bien los celosos...!

—Usted, ¿los tiene?

—Cuando hice el «Roberto» de «La enemiga» no había cumplido los treinta años del personaje. Tampoco, el siglo del de Ionesco, al interpretarlo en el María Guerrero.

—Quiere decir que el talento del actor dispone, a voluntad, del tiempo. ¿Es que acaso el arte envejece?

—Para contestar a esta pre-

gunta tendría que emplear, necesariamente, el tópico; ¡el arte no envejece! Y pienso yo, modestamente, que al arte lo hace nacer cada día, en cada momento, una mente humana. ¿Cómo va a envejecer! ¿Han envejecido las sinfonías de Beethoven? ¿Las obras de Goya o Bernini? ¿Envejece Valle-Inclán?

Queda ahí la entrevista. Jo-

II. —¿Qué me dices de la comedia estrenada en Lara?

—Que es un «anuncio» tan bueno que no necesita publicidad.

sé Bódalo y yo salimos juntos del café. Lo dejo camino del teatro María Guerrero. Le acompaña—producido por sus últimas palabras—un halo fáustico que rima admirablemente con su personalidad humana. Con su talento de actor.

Julio TRENAS

(Fotos Sanz Bermejo)